La familia que elegí

María José descubrió un tesoro los encuentros con su comunidad.

A lo largo de estos años recibí tantas muestras de amor... la comunidad es ese lugar donde me siento contenida, confiada, segura, amada y rescatada. Allí puedo ser yo misma y abrir mi corazón, porque sé que en la mirada de mi hermano está Jesús mirándome. En el encuentro comunitario, el hermano me regala su corazón para que el mío se enriquezca, para que interceda por él ante el Padre, para que ore por su santificación y la mía.

Mi comunidad es la familia que elegí y que el Padre bendice especialmente en cada reunión. No la cambiaría por nada, porque gracias a la presencia de Dios en mi vida puedo amar a mis hermanos en lo que más aprecio de ellos, pero también puedo amarlos en sus límites. Es un regalo especial de Dios que me va a acompañar toda la vida y es con mi oración, con mis renuncias y mi fidelidad como puedo seguir construyendo, fortaleciendo la comunidad junto a mis hermanos.

Ni mi oración ni mi testimonio pueden expresar lo que siento, un inmenso "¡Gracias!" por el tesoro de la fraternidad.

María José

Señor, una vez más, dejo a tus pies mi comunidad. Te la ofrezco para que Tú nos modeles.

Nuestro corazón es tuyo; queremos ser arcilla blanda en tus manos.

Haznos fuertes, Señor, para no debilitarnos ante las tentaciones del mal que crean confusión y división.

Haznos humildes para poder aceptar la ayuda, la guía y la corrección de los hermanos y de quienes nos conducen.

Haznos dóciles para seguir tus pasos, para hacer tu querer y no el nuestro.

Haznos misericordiosos para amar al otro sin juzgar, para mirarlo con tus ojos y amarlo en sus límites. Haznos pacientes para respetar sus tiempos.

Haznos discípulos atentos y servidores para que podamos acompañar, servir y rescatar al otro cada vez que lo necesite.

Haznos fieles a tu Palabra para que podamos vivir según ella y anunciarla en nuestra vida personal y comunitaria.

Haznos capaces de perdonar y pedir perdón todas las veces que sea necesario.

Danos oídos amorosos y un corazón generoso para recibir lo que cada uno tiene para decir y poner en común.

Danos la alegría del discípulo en quien rebasa la felicidad por tenerte dentro.

Danos la gracia de cuidarnos unos a otros a la luz del Espíritu Santo. De cuidar del tesoro de la fraternidad, nuestro espacio comunitario y de defender nuestra elección de vivir en fraternidad. Que en nuestros gestos amorosos se revelen los frutos de vivir en tu amor.

María José Dragonetti
Junín
Prov. de Buenos Aires